

LA ERMITA

En una noche como esta, con la chimenea encendida y la nieve cayendo lentamente ahí fuera, parece que el ambiente se presta a contar historias, pero a ti no te gusta recordar aquella Navidad...

Decidimos ir a pasar la Navidad a Murias y para no abrir la casa nos alojamos en la fonda de Jesusa que, aunque entonces no tenía calefacción estaría un poco menos fría que nuestra casa porque Jesusa tenía la cocina siempre encendida y aunque las habitaciones estaban heladas nos preparaba ladrillos que metía en el horno para calentar la cama y las noches eran llevaderas mientras no sacaras la nariz de entre la ropa ni se te ocurriera ir al baño por aquella galería que estaba a la misma temperatura que la calle.

El día de Noche Buena amaneció con un cielo intensamente azul, nada hacía presagiar que nevaría y tal y como le habíamos anunciado a Jesusa el día anterior nos disponíamos a hacer la ruta de las Fuentes del Omaña.

Salimos en cuanto amaneció, eran casi las 9 de la mañana, desoyendo sus consejos de que no era prudente ir al monte en esa época y mucho menos hacer una ruta tan larga, que anocheía pronto, que a penas a las 6 era de noche y que a pesar de ese cielo azul el día podría estropearse y podría nevar.

Pero tú, acostumbrada a ver la nieve por la tele y convencida de que las muchas historias que habías oído exageraban no lo reconsideraste en ningún momento y nos pusimos en marcha. A penas habíamos pasado Montrondo el cielo ya no era tan azul y al llegar al abedular se tornó gris. Llegando al arroyo comenzaron a caer los primeros copos.

Yo sugerí dar la vuelta y volver por el mismo camino a Montrondo porque a penas habíamos hecho la mitad de la ruta y aunque solo era la 1 a las 6 sería de noche y seguro que aún estaríamos por el puerto, pero insististe en hacer la ruta circular porque no conocías esos parajes y la idea de continuar nevando te parecía toda una experiencia. Y realmente lo fue.

En el mular nevaba y la subida hacia la collada de Fasgarón no fue fácil con el viento helador en contra y la nieve dándonos en la cara, pero el trayecto hacia el puerto se tornó imposible, había comenzado una ventisca de nieve que en pocos

minutos se convirtió en temporal y teníamos que refugiarnos en alguna parte, pero no había donde.

Con el puerto a lo lejos y aunque a penas visible divisaste la ermita y creíste que podríamos refugiarnos en ella. Yo no creía que fuera posible, la verdad, no había oído que estuviera abierta y de estarlo vete a saber en qué condiciones. Pero insististe en acercarnos por si acaso y te seguí pensando que en el peor de los casos podríamos acurrucarnos contra alguno de sus muros menos batido por el viento para protegernos de la ventisca, no era una buena idea de todos modos porque la ermita estaba en medio del puerto totalmente desprotegida. Llegar hasta ella no fue fácil, la nieve nos llegaba por las rodillas y caminar en contra del viento en esas condiciones resultaba agotador, estábamos heladas y agotadas, pero al acercarnos pareció que la puerta estaba abierta.

Llegamos, y entrar fue como entrar en otro mundo, el estruendo de la ventisca afuera se volvió silencio y los cirios encendidos daban un aire acogedor a aquel recinto pequeño y helado en el que las piedras y las losas del suelo rezumaban humedad.

De planta rectangular, donde debería haber estado el ábside había un pequeño altar con un retablo elemental y un único banco delante, montones de cirios iluminaban la estancia.

De espaldas a nosotras, frente al altar un anciano sacerdote oficiaba misa en latín. Nuestra perplejidad fue total porque aquella melena blanca, sus ropas, la casulla, la estola, ajadas y rotas, propias de otro tiempo y sobre todo el oficiar la misa en latín nos hizo dudar de si realmente estábamos vivas o habíamos muerto heladas entre las escobas.

Pero hacía tanto frío, estábamos tan cansadas y el anciano no parecía haberse dado cuenta de nuestra presencia que nos sentamos en el banco, nos quitamos los gorros y las bufandas porque el leve calor de las velas invitaba a ello y nos quedamos dormidas.

Al despertar estábamos solas en la ermita, sentadas en el banco y al amor de los cirios que continuaban encendidos.

Nos pusimos en marcha, había dejado de nevar y era de noche.

La luna llena y el resplandor de la nieve nos permitieron alcanzar el camino de las calabazas y pudimos llegar a Murias.

Necesitábamos entrar en calor y por eso bajamos hasta la panadería a tomar vino caliente con azúcar y ya de paso contamos lo ocurrido, mala idea. El silencio de quienes nos escuchaban iba acompañado de miradas de escepticismo, incluso preguntaron si llevábamos una petaca con aguardiente, la broma no nos gustó y fue

entonces cuando alguien dijo que la ermita llevaba cerrada años y antes de eso fue refugio de ganado durante mucho tiempo.

¡Oh Virgen! Dijo Jesusa al escuchar que habíamos asistido a una misa en latín en la ermita. ¡Si lleva años cerrada! y más aún cerrada al culto, ¡y en latín! Se lo explicamos, le volvimos a contar la historia y fue entonces cuando tú te diste cuenta de que me faltaba un pendiente y yo estaba segura de haberme puesto los dos por la mañana, quizá al quitarme el gorro... pero vista la reacción de Jesusa mejor callar, ducharnos y cenar.

Al despedirnos aquella noche nos dijo que habíamos sido unas insensatas y se preguntó que habría sido de nosotras de no haber podido refugiarnos en la ermita con aquel temporal de nieve, nosotras también nos lo preguntábamos.

Y es que, en Navidad, a veces pasan cosas que nadie puede explicar.

Llevadas por una mezcla de incredulidad y enfado nos dispusimos a ir al puerto al día siguiente, ya no nevaba, pero el trayecto desde el camino a través de los prados cubiertos de nieve hasta la ermita fue complicado, sin embargo, nada comparable al del día anterior.

Al acercarnos ya vimos la puerta cerrada y no solo eso, era una puerta de madera sólida y vieja, raspillada y medio podrida que cerraba con un grueso candado oxidado. Una puerta que no se había abierto en años. Imposible ver en su interior.

Pero había un ventanuco, uno de esos que por fuera más bien parece una tronera, pero por dentro se va ensanchando en el muro. La altura del ventanuco no nos permitía llegar para mirar a través de él por lo que tuvimos que ponernos a trabajar para hacer un pequeño pedestal de piedras que fuimos llevando desde la pared más próxima hasta que la altura me permitió alcanzar el ventanuco lo bastante para ver algo.

La oscuridad era total, gracias a la linterna pude ver que el interior estaba totalmente vacío, no había altar, ni cirios, ni retablo alguno, tampoco había ningún banco, la humedad subía hasta la mitad de los muros, el ambiente era helador y en el suelo ni siquiera se distinguían las losas porque estaba totalmente cubierto de estiércol, ciertamente su última función había sido de refugio de ganado.

Pero al ir a apagar la linterna para bajar del pedestal de piedras me pareció ver que algo brillaba en el suelo sobre el estiércol, en el lugar donde creímos haber estado sentadas en el banco, delante del supuesto altar. Lo enfoqué mejor y lo vi. Allí delante, en el suelo estaba mi pendiente.

Esther Roa Barahona: